

rior en diversiones á la de la Ville-aux-Fayes, y repetían con cómica importancia este dicho del valle: «Soulanges es un pueblo de placer y de sociedad», sería poco prudente pensar que la capital avonesa aceptase esa supremacía. El salón Gaubertin se burlaba, *in petto*, del salón Soudry. Por la manera como Gaubertin decía: «Nosotros somos un pueblo de comerciantes, un pueblo de negociantes, nosotros nos ocupamos de hacer fortuna», era fácil adivinar un ligero antagonismo entre la tierra y la luna. La luna se creía útil á la tierra, y la tierra regentaba á la luna. La tierra y la luna vivían, por otra parte, en la más estrecha inteligencia. En carnaval, la primera sociedad de Soulanges iba en masa á las cuatro bailes dados por Gaubertin, por Gendrin, por Leclercq y por Soudry joven, el procurador del rey. Todos los domingos, el procurador del rey, su mujer, y el señor, la señora y la señorita Gaubertin, iban á comer á casa de los Soudry en Soulanges. Cuando el subprefecto y el administrador de correos de Conches, señor Guerbet, eran invitados á comer sin ceremonias, Soulanges presenciaba el espectáculo de cuatro caballos detenidos á la puerta de la casa Soudry.

## CAPÍTULO II

### LOS CONSPIRADORES EN CASA DE LA REINA

Llegando allí á eso de las cinco y media, Rigou sabía que encontraría en su puesto á todos los concurrentes al salón Soudry. En casa del alcalde, como en todo el pueblo, comían á las tres, según la costumbre del siglo pasado. Desde las cinco hasta las nueve, los notables de Soulanges iban á cambiar impresiones, á hacer comentarios políticos, á charlar de los acontecimientos de la vida privada del valle y á hablar de los Aigues, que eran el objeto de la conversación durante una hora todos los días. La preocupación constante de todos era saber algo de lo que pasaba, cosa que lograban casi siempre, para tener de aquel modo algún pretexto para hacer la corte á los dueños de la casa.

Después de esta revista obligada, se ponían á jugar á la

brisca, único juego que sabía la reina. Cuando el grupo Guerbet había remedado á la señora Isaura, la mujer de Gaubertin, burlándose de su aire orgulloso, imitando su vocecita, su boquita y sus ademanes de jovencita; cuando el cura Taupin había contado alguna historieta de su repertorio; cuando Lupin había llevado la noticia de algún acontecimiento de la Ville-aux-Fayes, y cuando la señora Soudry había sido acribillada de nauseabundos cumplidos, se decía: «La partida de brisca ha sido hoy muy divertida».

Demasiado egoísta para tomarse el trabajo de andar doce kilómetros, al cabo de los cuales tenía que oír las necedades dichas por los concurrentes á aquella casa y ver á un mono disfrazado de vieja, Rigou, muy superior en talento é instrucción á aquella pequeña burguesía, no iba allí nunca á no ser que sus asuntos le llamasen á casa del notario. Disculpaba sus largas ausencias pretextando muchas ocupaciones, sus costumbres y su salud, que no le permitían ir de noche por un camino que el Thune hacía brumoso.

Por otra parte, este gran usurero seco se imponía mucho á la sociedad de la señora Soudry, que veía en él á ese tigre de garras de acero, aquella malicia de salvaje, aquella prudencia nacida en el claustro y madurada al sol del oro, cosas con las que Gaubertin no había nunca querido enemistarse.

Tan pronto como la calesa de mimbre y el caballo pasaron por delante del café de la Paz, Urbano, el criado de Soudry, que hablaba con el cafetero, sentado en un banco que estaba colocado bajo las ventanas del comedor, se puso la mano á modo de visera para ver bien de quién era aquel coche.

—¡Ahí está el padre Rigou!... Hay que abrir la puerta. Tenedle el caballo, Socquard, dijo sin cumplidos al cafetero.

Y Urbano, antiguo soldado de caballería que, no habiendo podido entrar en la gendarmería, había tomado el servicio de Soudry como retiro, entró en la casa para ir á abrir la puerta del patio.

Socquard, este personaje tan célebre en el valle, estaba allí, como veis, sin pretensiones; pero esto mismo ocurre con mucha gente ilustrada, que tiene la complacencia de andar, estornudar, dormir y comer enteramente lo mismo que los sencillos mortales.

Socquard, Alcides de nacimiento, podía llevar doce arrobas; un puñetazo de él, aplicado á la espalda de un hombre, le rompía la columna vertebral; torcía una barra de hierro, y contenía la marcha de un coche enganchado á un caballo. Milon de Crotona del valle, su reputación se extendía por todo el concejo, en donde se contaban de él mil cuentos ridículos, como se cuentan de todas las celebridades. Así se contaba en el Morvan, que un día había llevado al hombro al mercado á una pobre mujer, á su asno y á su saco, que se había comido un buey y bebido media pipa de vino en un día, etc. Afable como una jovencita, Socquard, hombrecito grueso, de cara plácida, ancho de espaldas y de pecho, en donde sus pulmones trabajaban como fuelles de fragua, poseía un metal de voz cuya limpidez sorprendía á los que le oían hablar por primera vez.

Como Tonsard, á quien su popularidad dispensaba de toda prueba de ferocidad, y como todos los que gozan de fama por cualquier concepto, Socquard no desplegaba nunca su triunfante fuerza muscular, á no ser que sus amigos se lo rogasen.

Tomó, pues, la brida del caballo cuando el suegro del procurador del rey dió vuelta para ponerse enfrente de la puerta de entrada.

—¿Están todos buenos en su casa, señor Rigou? dijo el ilustre Socquard.

—Vamos pasando, viejo mío, respondió Rigou. ¿Siguen sosteniendo tu establecimiento Plissoud y Bonnebault, Viallet y Amaury?

Esta pregunta, hecha con un tono de bondad natural y de interés, no era una de esas preguntas triviales hechas al azar por los superiores á sus inferiores. En sus ratos de ocio, Rigou pensaba en los menores detalles, y la amistad de Bonnebault, de Plissoud y del cabo Viallet, había sido señalada como sospechosa á Rigou por Fourchon.

Bonnebault, por algunos escudos perdidos en el juego, podía comunicar al cabo los secretos de los aldeanos, ó hablar sin conocer la importancia de sus charlatanerías, después de haber bebido algunas copas de más. Pero las confidencias del cazador de nutrias podían haber sido aconsejadas por la sed, y Rigou no hizo caso de ellas nada más que por lo que afectaba á Plissoud, cuya situación tenía que inspirarle cierto deseo de oponerse á los planes dirigidos contra

los Aigues, aunque sólo fuese para captarse la protección de alguno de los dos partidos.

Corresponsal de seguros, que empezaban á mostrarse en Francia, agente de una sociedad de quintas, el alguacil se ocupaba de cosas poco retribuidas, que hacían su fortuna tanto más difícil de realizar por cuanto que tenía el vicio de jugar al billar y de beber vino cocido. Lo mismo que Fourchon, cultivaba con cuidado el arte de no hacer nada, y esperaba su fortuna de un azar problemático. Odiaba profundamente á la primera sociedad, pero había comprendido su poder. Él era el único que conocía á fondo la tiranía burguesa organizada por Gaubertin; él zahería con sus burlas á los ricos de Soulanges y de la Ville-aux-Fayes, y en él se resumía toda la oposición. Sin crédito, sin fortuna, no parecía temer; de modo que Brunet, muy contento con tener á aquel competidor despreciado, lo protegía para que no fuese á vender su estudio á algún joven activo, como Bonnac, por ejemplo, con el cual hubiese sido preciso que se repartiese la clientela del concejo.

—Gracias á esa gente me voy sosteniendo, respondió Socquard, pero empiezan á falsificar mi vino cocido.

—Persigue á los falsificadores, dijo sentenciosamente Rigou.

—Eso me costaría demasiado caro, respondió el cafetero.

—Y ¿se llevan bien tus parroquianos?

—Siempre tienen alguna disputa; pero eso entre jugadores no vale nada.

Todas las cabezas se habían asomado á las ventanas del salón que daba á la plaza. Al reconocer al padre de su nuera, Soudry salió á recibirle á la puerta.

—Y bien, compadre, dijo el gendarme sirviéndose de esta palabra según su primitiva acepción, ¿está enferma Anita para que nos concedáis una visita durante una noche?...

Por un resto de costumbres de gendarme, el alcalde se iba derecho al grano.

—No, hay novedades, respondió Rigou tocando con el índice derecho la mano que le tendía Soudry; ahora hablamos de eso, pues la cosa puede interesar á nuestros hijos.

Soudry, buen mozo, vestido de azul, como si siguiese perteneciendo aun á la gendarmería, con el cuello de la chaqueta negro y espuelas en las botas, tomó á Rigou por el brazo y lo llevó al lado de su imponente mitad. La puerta

que daba á la azotea estaba abierta, y al otro lado de ella los concurrentes se paseaban gozando de aquel magnífico paisaje que, por el bosquejo que de él se ha hecho, podrá ser visto por las gentes de imaginación.

—Hace ya mucho tiempo que no os hemos visto, señor Rigou, dijo la señora Soudry tomando el brazo del benedictino y llevándole á la terraza.

—¡Son tan penosas mis digestiones!... respondió el viejo usurero.

—Mirad, mis colores son casi tan vivos como los vuestros.

Como es fácil comprender, la entrada de Rigou produjo una explosión de joviales saludos entre todos aquellos personajes.

—¿Qué tal, Rigou? exclamó Guerbet el maestro, ofreciéndole la mano á Rigou, que se contentó con darle el índice de la mano derecha.

—¡No va mal! ¡no va mal! dijo el juez de paz Sarcus, es bastante goloso nuestro señor de Blangy.

—¡Señor! respondió amargamente Rigou; hace ya mucho tiempo que dejé de ser el gallo de mi aldea.

—No dicen lo mismo las gallinas, ¡gran tunante! dijo la Soudry dando á Rigou un cariñoso golpe con el abanico.

—¿Vamos bien, mi querido amo? dijo el notario saludando á su principal cliente.

—Así, así, respondió Rigou, que introdujo inmediatamente su índice en la mano del notario.

Este gesto, por el que Rigou reducía el apretón de manos á la demostración más fría, hubiese bastado para dar á conocer nuestro hombre á cualquiera que no le hubiese conocido.

—Busquemos un rincón en donde podamos hablar tranquilamente, dijo el antiguo monje mirando á Lupin y á la señora Soudry.

—Volvamos al salón, respondió la reina. Estos señores, añadió señalando al señor Gourdon, al médico, y á Guerbet, están entregados á una conversación muy interesante.

—¿Qué es lo que ha hecho de nuevo el Tapicero? preguntó Soudry sentándose al lado de su mujer y cogiéndola por el talle.

Como todas las mujeres viejas, la Soudry perdonaba muchas cosas con tal que le dispensasen algún testimonio público de ternura.

—Pues que ha ido á la prefectura á reclamar la ejecución de los juicios y á pedir que se obre con energía, respondió Rigou en voz baja para dar ejemplo de prudencia.

—Eso es su pérdida, dijo Lupin frotándose las manos. Habrá camorra.

—¿Que habrá camorra? repuso Soudry, eso según. Si el prefecto y el general, que son amigos suyos, envían un escuadrón de caballería, los aldeanos no chistarán... En rigor, podrían dar buena cuenta de los gendarmes de Soulanges, pero ¿cómo resistir una carga de caballería?

—Sibilet le ha oído decir algo que es más peligroso que eso, y este algo es precisamente lo que aquí me trae, repuso Rigou.

—¡Oh! ¡pobre Sofía! exclamó sentimentalmente la señora Soudry, ¡en qué manos han ido á caer los Aigues! ¡Esto es lo que nos ha valido la Revolución! cobardes que han sabido medrar. Es claro, bien se podía haber visto que cuando una botella se pone boca abajo, la hez estropea el vino...

—Tiene intención de ir á París para trabajar con el ministro á fin de que cambien toda la audiencia.

—¡Ah! dijo Lupin, ha conocido donde estaba el peligro.

—Si nombran á mi yerno abogado general, no hay para qué decir que será reemplazado por algún parisiense de su devoción, repuso Rigou. Si pide una plaza en el tribunal supremo para Gendrin, y si hace que nombren al señor Guerbet, nuestro juez de instrucción, presidente de Auxerre, derribará todos nuestros planes... Cuenta ya con la gendarmería, y si él pone de su parte á los del tribunal y conserva á su lado consejeros como Brossete y Michaud, no lo pasaremos bien; podría ocasionarnos graves disgustos.

—¡Cómo! ¿después de cinco años no habéis podido deshaceros del abate Brossete? dijo Lupin.

—No le conocéis; es desconfiado como un mirlo, respondió Rigou. Ese cura no es un hombre; no hace caso de las mujeres; no le conozco ninguna pasión; en fin, que es inatacable. El general cae en todos los lazos, llevado de su cólera. Un hombre que tiene un vicio, se ve siempre manejado por sus enemigos cuando estos saben aprovecharse de su flaco. Los únicos hombres fuertes son los que saben dominar sus vicios y no se dejan dominar por ellos. Los aldeanos van bien, todos están irritados contra el abate, pero, por ahora, no se puede hacer nada contra él. Es como Mi-

que daba á la azotea estaba abierta, y al otro lado de ella los concurrentes se paseaban gozando de aquel magnífico paisaje que, por el bosquejo que de él se ha hecho, podrá ser visto por las gentes de imaginación.

—Hace ya mucho tiempo que no os hemos visto, señor Rigou, dijo la señora Soudry tomando el brazo del benedictino y llevándole á la terraza.

—¡Son tan penosas mis digestiones!... respondió el viejo usurero.

—Mirad, mis colores son casi tan vivos como los vuestros.

Como es fácil comprender, la entrada de Rigou produjo una explosión de joviales saludos entre todos aquellos personajes.

—¿Qué tal, Rigou? exclamó Guerbet el maestro, ofreciéndole la mano á Rigou, que se contentó con darle el índice de la mano derecha.

—¡No va mal! ¡no va mal! dijo el juez de paz Sarcus, es bastante goloso nuestro señor de Blangy.

—¡Señor! respondió amargamente Rigou; hace ya mucho tiempo que dejé de ser el gallo de mi aldea.

—No dicen lo mismo las gallinas, ¡gran tunante! dijo la Soudry dando á Rigou un cariñoso golpe con el abanico.

—¿Vamos bien, mi querido amo? dijo el notario saludando á su principal cliente.

—Así, así, respondió Rigou, que introdujo inmediatamente su índice en la mano del notario.

Este gesto, por el que Rigou reducía el apretón de manos á la demostración más fría, hubiese bastado para dar á conocer nuestro hombre á cualquiera que no le hubiese conocido.

—Busquemos un rincón en donde podamos hablar tranquilamente, dijo el antiguo monje mirando á Lupin y á la señora Soudry.

—Volvamos al salón, respondió la reina. Estos señores, añadió señalando al señor Gourdon, al médico, y á Guerbet, están entregados á una conversación muy interesante.

—¿Qué es lo que ha hecho de nuevo el Tapicero? preguntó Soudry sentándose al lado de su mujer y cogiéndola por el tallo.

Como todas las mujeres viejas, la Soudry perdonaba muchas cosas con tal que le dispensasen algún testimonio público de ternura.

—Pues que ha ido á la prefectura á reclamar la ejecución de los juicios y á pedir que se obre con energía, respondió Rigou en voz baja para dar ejemplo de prudencia.

—Eso es su pérdida, dijo Lupin frotándose las manos. Habrá camorra.

—¿Que habrá camorra? repuso Soudry, eso según. Si el prefecto y el general, que son amigos suyos, envían un escuadrón de caballería, los aldeanos no chistarán... En rigor, podrían dar buena cuenta de los gendarmes de Soulanges, pero ¿cómo resistir una carga de caballería?

—Sibilet le ha oído decir algo que es más peligroso que eso, y este algo es precisamente lo que aquí me trae, repuso Rigou.

—¡Oh! ¡pobre Sofía! exclamó sentimentalmente la señora Soudry, ¡en qué manos han ido á caer los Aigues! ¡Esto es lo que nos ha valido la Revolución! cobardes que han sabido medrar. Es claro, bien se podía haber visto que cuando una botella se pone boca abajo, la hez estropea el vino...

—Tiene intención de ir á París para trabajar con el ministro á fin de que cambien toda la audiencia.

—¡Ah! dijo Lupin, ha conocido donde estaba el peligro.

—Si nombran á mi yerno abogado general, no hay para qué decir que será reemplazado por algún parisiense de su devoción, repuso Rigou. Si pide una plaza en el tribunal supremo para Gendrin, y si hace que nombren al señor Guerbet, nuestro juez de instrucción, presidente de Auxerre, derribará todos nuestros planes... Cuenta ya con la gendarmería, y si él pone de su parte á los del tribunal y conserva á su lado consejeros como Brossete y Michaud, no lo pasaremos bien; podría ocasionarnos graves disgustos.

—¿Cómo! ¿después de cinco años no habéis podido deshaceros del abate Brossete? dijo Lupin.

—No le conocéis; es desconfiado como un mirlo, respondió Rigou. Ese cura no es un hombre; no hace caso de las mujeres; no le conozco ninguna pasión; en fin, que es inatacable. El general cae en todos los lazos, llevado de su cólera. Un hombre que tiene un vicio, se ve siempre manejado por sus enemigos cuando estos saben aprovecharse de su flaco. Los únicos hombres fuertes son los que saben dominar sus vicios y no se dejan dominar por ellos. Los aldeanos van bien, todos están irritados contra el abate, pero, por ahora, no se puede hacer nada contra él. Es como Mi-

chaud; los hombres de ese temple son demasiado perfectos y es preciso que el buen Dios los llame hacia sí.

—Hay que procurarles criadas que les sepan limpiar bien las escaleras, dijo la señora Soudry haciendo dar á Rigou con este dicho ese pequeño salto que da la gente astuta al oír una nueva astucia.

—El Tapicero tiene otro vicio; ama á su mujer, y aun es fácil atacarle por ahí.

—Veamos, es preciso saber si lleva á la práctica sus ideas, dijo la señora Soudry.

—¡Cómo! dijo Lupin, ¡pues ahí está el *quid!*

—Vos, Lupin, vais á marcharos inmediatamente á la prefectura con objeto de ver á la señora Sarcus, respondió Rigou con tono de autoridad. Arreglaos como podáis para hacer de modo que ella os cuente lo que el Tapicero haya dicho y hecho en la prefectura.

—Tendré que quedarme á dormir allí, respondió Lupin.

—Tanto mejor para Sarcus el Rico, que ganará con ello, respondió Rigou. La señora Sarcus no es aún muy *corteza*.

—¡Oh! señor Rigou, ¿son alguna vez *corteza* las mujeres? dijo la señora Soudry con mimo.

—Tenéis razón en ese punto. Ella nunca se pinta, replicó Rigou, á quien la exhibición de los viejos tesoros de la Cochet irritaban mucho.

La señora Soudry, que creía que no se le conocía el colorite, no comprendió esta epigramática indirecta, y preguntó:

—¿Es que acaso pueden pintarse las mujeres?

—Respecto á vos, Lupin, dijo Rigou sin responder á esta pregunta, mañana por la mañana id á casa del señor Gaubertin, y decidle que el compadre y yo, dijo dando golpecitos en el muslo de Soudry, iremos á pedirle de almorzar á eso del mediodía. Decidle lo ocurrido á fin de que todos estemos al tanto para reflexionar sobre el asunto, pues se trata de acabar con ese condenado Tapicero. Mientras venía hacia aquí, he pensado que sería conveniente que el Tapicero se enemistase con el tribunal, á fin de que el ministro de Justicia se ría en sus narices cuando vaya á pedirle el traslado del personal de la Ville aux-Fayes...

—¡Viva la gente de Iglesia! exclamó Lupin dando golpecitos en la espalda á Rigou.

A la señora Soudry se le ocurrió una idea que sólo podía ocurrírsele á una antigua camarera de una cantante, y dijo:

—Si nosotros pudiésemos atraer al Tapicero á la fiesta de Soulanges y le presentásemos una muchacha bonita y capaz de hacerle salirse de sus casillas, lograríamos malquistarle con su mujer, á la cual se le diría que el hijo de un ebanista no podía menos que volver á sus primitivos amores.

—¡Ah! hermosa mía, exclamó Soudry, ¡tienes más talento tú sola que toda la prefectura de policía de París!

—Esa idea prueba que la señora es nuestra reina, no sólo por su belleza, sino también por su talento, dijo Lupin.

Lupin fué recompensado con una mueca, que era aceptada sin protesta como una sonrisa entre la primera sociedad de Soulanges.

—Aun podría hacerse más, repuso Rigou, que permaneció pensativo durante mucho tiempo.

—Si eso pudiese hacerse con gran escándalo...

—¿Formando un proceso mediante una queja? exclamó Lupin. ¡Oh! ¡eso sería magnífico!

—¡Qué gusto! dijo Soudry sencillamente, ver al conde de Montcornet, condecorado con la gran cruz de la Legión de Honor, comendador de San Luis y teniente general, acusado de haber atentado al pudor en un lugar público...

—Ama demasiado á su mujer, dijo juiciosamente Lupin; por ese medio es imposible cogerle.

—Eso no es un obstáculo; pero no veo en todo el distrito una muchacha capaz de hacer pecar á un santo; yo la busco hace ya tiempo para el cura, exclamó Rigou.

—¿Qué me decís de la hermosa Cayetana Giboulard de Auxerre, que tiene loco al hijo de Sarcus? exclamó Lupin.

—Esa sería la única, respondió Rigou; pero no se prestaría á servirnos; cree que no tiene más que mostrarse para ser admirada; no es bastante ladina, y para este caso se necesita una muchacha astuta... Pero no importa, ya aparecerá.

—Sí, dijo Lupin, cuantas más muchachas bonitas vea, más probabilidades hay de cogerle.

—Pero será muy difícil lograr que el Tapicero venga á la feria; y si viene á la fiesta, ¿creéis acaso que ha de ir al baile público del Tivoli? dijo el ex gendarme.

—La razón que pudiera impedirle que viniese no existe ya este año, corazón mío, replicó la señora de Soudry.

—Y ¿qué razón es esa, hermosa mía? preguntó Soudry.

—El Tapicero quiso casarse con una de las señoritas de Soulanges, dijo el notario; le respondieron que eran demasiado jóvenes, y él se ha picado. Esto es la causa de que no se vean ya los señores de Soulanges y de Montcornet, á pesar de ser amigos antiguos, pues han servido juntos en la guardia imperial. El Tapicero no ha venido nunca á la feria, por no encontrarse con el señor de Soulanges; pero como este año no están aquí, acaso venga él.

Regla general, la familia de Soulanges permanecía en el castillo los meses de julio, agosto, septiembre y octubre; pero el general mandaba á la sazón la artillería en España, bajo las órdenes del duque de Angulema, y la condesa le había acompañado. Como se sabe ya, en el sitio de Cádiz, el conde ganó el grado de mariscal. Los enemigos de Montcornet podían, pues, creer que los señores de los Aigues no desdenarían siempre las fiestas de Nuestra Señora de Agosto, y que sería fácil llevarlos al Tívoli.

—Es verdad. Pues bien, papá, á vos os toca trabajar para que vengan á la feria exclamó Lupin dirigiéndose á Rigou; nosotros sabremos hacer lo demás.

La feria de Soulanges, que se celebra el 15 de agosto, es una de las particularidades de este pueblecito, y dicha feria es superior á las que se celebran en treinta leguas á la redonda, sin exceptuar la que tiene lugar en la cabeza del partido. La Ville-aux-Fayes no tiene feria, pues su fiesta, que es por san Silvestre, cae en invierno.

Del 12 al 13 de agosto los comerciantes abundaban en Soulanges, y levantaban en dos líneas paralelas esas barracas de madera y esas casas de tela gris que dan entonces un aspecto animado á aquella plaza que, de ordinario, está desierta. Los quince días que dura la feria y la fiesta producen al pueblecito de Soulanges una especie de cosecha. Esta fiesta tiene la autoridad y el prestigio de una tradición. Como decía el padre Fourchon, los aldeanos dejan los campos que les sujetan con su trabajo. En toda Francia, las fantásticas instalaciones de almacenes improvisados en los campos de la feria, la reunión de todas las mercancías, objetos de necesidad ó de vanidad de los aldeanos, que, por otra parte, no gozan de otros espectáculos, ejercen seducciones periódicas sobre la imaginación de las mujeres y de los niños. Así es que desde el 12 de agosto, la alcaldía de Soulanges hacía fijar en todo el distrito de la Ville-aux-Fa-

yes anuncios firmados por Soudry, los cuales prometían protección á los comerciantes, á los saltimbanquis y á los prodigios de todo género, anunciando la duración de la feria y los espectáculos de mayor atractivo.

En estos carteles, que eran los mismos de que pidió cuenta la Tonsard á Vermichel, se leía siempre esta línea final:

*Tívoli será iluminado con faroles de color —*

En efecto, el pueblo había adoptado por sala de baile público el Tívoli, creado por Socquard en un jardín pedregoso como la cima en que tenía su asiento Soulanges, en donde casi todos los jardines están compuestos de tierra transportada.

Esta naturaleza del terreno explica el gusto particular del vino de Soulanges, vino blanco, seco, muy fluido, casi semejante al vino de Madera, al de Vouvray y al de Johannisberg, tres vinos casi semejantes, y que se consumen casi por completo en sus departamentos respectivos.

Los prodigiosos efectos producidos por el baile Socquard en la imaginación de los habitantes del valle, contribuían á que casi todos estuviesen orgullosos de su Tívoli. Los del país que habían llegado hasta París, decían que el Tívoli de París sólo era superior en magnitud al de Soulanges. Gaubertin decía que prefería el baile de Socquard, al baile del Tívoli.

—Pensemos todos en esto, repuso Rigou: el parisiense, ese redactor de periódicos, acabará por aburrirse allí, y los criados pueden muy bien atraerle á la feria. Yo pensaré en ello. Sibilet, aunque va perdiendo el crédito á pasos agigantados, podría también decir á su señor que ese es un medio de popularizarse.

—Averiguad si la hermosa condesa se muestra cruel con su marido; todo depende de eso para el éxito de la farsa que se va á representar en el Tívoli, dijo Lupin á Rigou.

—Esa mujercita es demasiado parisiense para que no sepa manejarle á su antojo.

—Fourchon ha puesto á Catalina Tonsard en manos de Carlos, el segundo ayuda de cámara del Tapicero; bien pronto tendremos un oído en las habitaciones de los Aigues, respondió Rigou. ¿Estáis seguro del abate Taupin? dijo viendo entrar al cura.

—El abate Moncheron y él son nuestros, del mismo modo que Soudry es mío... dijo la señora de Soudry acariciando la barba de su marido, al cual le dijo: ¡Pobrecito! ¿verdad que eres feliz?

—Si logro organizar ese escándalo contra ese hipócrita de Brossette, ya son míos, dijo en voz baja Rigou, que se levantó; pero no sé si el espíritu del país sucumbirá ante el espíritu clerical. No sabéis lo que son esta gente. Yo mismo, que no soy ningún tonto, no respondería de mí si llegase á caer enfermo. Es muy fácil que me reconciliase con la Iglesia.

—Así lo esperamos al menos, dijo el cura, para quien Rigou había levantado la voz con todo intento.

—¡Ay de mí! la falta que he cometido casándome, me impide esta reconciliación; y no puedo matar á la señora Rigou.

—Ante todo, pensemos en los Aigues, dijo la señora Soudry.

—Sí, respondió el benedictino.

—¿Sabéis que me parece que nuestro compadre de la Ville-aux-Fayes es más listo que nosotros? Se me ha metido en la cabeza que Gaubertin quiere los Aigues para sí sólo, y que nos engañará, respondió Rigou.

Por el camino, el usurero de los campos había venido pensando y analizando á Gaubertin, y empezó á encontrar sospechosa su conducta.

—Pero los Aigues serán únicamente para nosotros tres; es preciso que no quede piedra sobre piedra, respondió Soudry.

—Tanto más, por cuanto que no tendría nada de particular que encontrásemos oro escondido, dijo astutamente Rigou.

—¡Bah!

—Sí; durante las guerras de otros tiempos, los señores, sitiados con frecuencia, sorprendidos, enterraban sus escudos para poder encontrarlos después, y ya sabéis que el marqués de Soulanges Hautemer, en quien acabó la rama menor, fué una de las víctimas de la conspiración Biron. La condesa de Moret obtuvo estas tierras por confiscación...

—¡Lo que es el saber la historia de Francia! dijo el gendarme.

—Tenéis razón, ya es tiempo de que nos pongamos de acuerdo con Gaubertin.

—Y si no anda derecho, dijo Rigou, procuraremos fumar-noslo.

—Ahora ya es bastante rico para que sea honrado, dijo Lupin.

—Respondería de él como de mí misma, dijo la señora de Soudry; es el hombre más honrado del reino.

—Creemos en su honradez, repuso Rigou; pero entre amigos, con verlo basta... Á propósito, sospecho que hay alguien en Soulanges que quiere ponernos la proa.

—¿Quién? preguntó Soudry.

—Plissoud, respondió Rigou.

—¡Plissoud! repuso Soudry, ¡pobre hombre! Brunet le tiene sujeto por el ramal, y su mujer por medio del pescobre; ¡preguntádselo á Lupin!

—Y ¿qué quiere hacer? dijo Lupin.

—Lo que quiere es instruir de todo á Montcornet para ganarse su protección y que le coloque.

—Aunque eso fuese así, nunca le daría tanto como lo que le da su mujer en Soulanges, dijo la señora Soudry.

—Cuando está borracho se lo dice todo á su mujer, advirtió Lupin; de modo que ya sabremos lo que hay de cierto sobre el asunto.

—Vamos, si la señora Plissoud no tiene secretos para vos, podemos estar tranquilos, respondió Rigou.

—Por otra parte, es tan estúpida como hermosa, respondió la señora Soudry; no me cambiaría por ella; pues, si fuese hombre, preferiría una mujer fea y ocurrente, á una hermosa que no sabe decir dos palabras.

—¡Ahl! pero sabe hacer de modo que le cuenten á ella tres, respondió el notario mordiendo los labios.

—Adiós, exclamó Rigou dirigiéndose hacia la puerta.

—De modo que hasta mañana muy temprano, dijo Soudry acompañando á su compadre.

—Yo vendré á buscaros... ¡Ahl! Lupin, le dijo al notario, que salió con él para mandar que ensillasen su caballo, procurad que la señora Sarcus sepa todo lo que se trama contra nosotros en la prefectura.

—Si ella no lo sabe, ¿quién lo va á saber? respondió Lupin.

—Dispensadme, dijo Rigou, que se sonrió con sorna

mirando á Lupin, veo ahí tantos necios, que me olvidaba de que se encuentra entre ellos un hombre de talento.

—Lo cierto es que no sé cómo no me he cansado ya de frecuentarlos, respondió sencillamente Lupin.

—¿Es verdad que Soudry ha tomado una camarera?

—Sí, respondió Lupin; hace ocho días, el señor alcalde ha querido hacer resaltar el mérito de su mujer comparándola con una vieja borgoñona, y no adivinamos aún cómo se arregla con la señora Soudry, pues tiene la audacia de acostarse muy temprano.

—Ya veremos eso mañana, dijo aquel Sardanápalo de aldea procurando sonreír.

Los dos profundos políticos se dieron un apretón de manos al separarse.

Rigou, que no quería que se le hiciese de noche en el camino, pues, á pesar de su reciente popularidad, seguía siendo prudente, dijo á su caballo: «¡Arre, ciudadano!» La broma de aquel hijo de 1793 se dirigía, como siempre, contra la Revolución. Las revoluciones populares no tienen enemigos más crueles que aquellos mismos que subieron gracias á ellas.

—No son largas las visitas del padre Rigou, dijo el señor Gourdon el escribano á la señora Soudry.

—Si son cortas, en cambio son buenas, contestó.

—Como su vida, respondió el médico; ese hombre abusa de todo.

—Tanto mejor, pues de ese modo le heredaré antes mi hijo, replicó Soudry.

—¿Os ha traído noticias de los Aigues? preguntó el cura.

—Sí, mi querido abad, dijo la señora de Soudry. Esas gentes son el azote del país. No comprendo cómo la señora de Montcornet, que es una mujer muy digna y muy lista, no comprende mejor sus intereses.

—Sin embargo, tienen un modelo bien cerca, replicó el cura.

—¿Quién? preguntó la señora Soudry haciendo melindres.

—Los Soulanges...

—¡Ah! sí, respondió la reina después de una pausa.

—¡Tanto peor! ¡aquí me tenéis! gritó la señora Vermut entrando, y sin mi reactivo, pues Vermut es demasiado inactivo para que yo le dé la denominación de algún activo.

—¿Qué mil diablos hace ese padre Rigou? dijo Soudry á Guerbet, viendo la calesa detenida á la puerta del Tivoli. Ese hombre es uno de esos gatos tigres que no da un paso sin objeto.

—Tenéis razón, respondió el grueso y pequeño maestro.

—Entra en el café de la Paz, dijo Gourdon el médico.

—Sed pacíficos, repuso Gourdon el escribano, pues allí se están echando bendiciones á puño cerrado, y desde aquí se oye la riña.

—Ese café, repuso el cura, es como el templo de Jano; se llamaba café de la Guerra en tiempo del Imperio, y se vivió allí en la más perfecta calma; los vecinos más honrados se reunían allí para hablar amistosamente...

—¡Llamáis á eso hablar! dijo el juez de paz. ¡Pardiez! vaya unas conversaciones, que han dejado por rastro algunos pequeños Bournier.

—Pero desde que le han puesto el nombre de café de la Paz, en honor de los Borbones, se pelean allí todos los días, dijo el abate Taupin acabando la frase, que el juez de paz se había tomado la libertad de interrumpir.

Ocurría con esta idea del cura como con las continuas citas de la *Bilboqueida*, que sacaba á relucir á cada paso.

—Eso quiere decir, respondió el padre Guerbet, que Borgoña será siempre el país de los puñetazos.

—No os falta razón en lo que decís, dijo el cura, pues esa frase resume la historia de nuestro país.

—Yo no conozco la historia de Francia, exclamó Soudry; pero antes de aprenderla quisiera saber por qué entra mi compadre con Socquard en el café.

—¡Oh! dijo el cura, si entra y se detiene allí, podéis estar seguro de que no será para ejecutar ningún acto de caridad.

—Es un hombre que me pone carne de gallina cuando le veo, dijo la señora Vermut.

—Es tan temible, repuso el médico, que, si estuviese enemistado conmigo, no me consideraría tranquilo ni aun después de su muerte: es hombre capaz de levantarse de la tumba para jugaros alguna mala pasada.

—Si alguien puede despachar al Tapicero de aquí, el 15 de agosto, y cogerle en algún tropiezo, es Rigou, le dijo el alcalde á su mujer al oído.

—Sobre todo, corazón mío, si Gaubertin y tú os mezcláis en el asunto, respondió ella en voz alta.

—Mira, ¡cuando yo lo decí! exclamó el señor Guerbet dando un codazo al señor Sarcus; ha encontrado alguna muchacha bonita en casa de Socquard y la hace subir á su coche.

—Esperando que... respondió el escribano.

—He ahí un hombre que no tiene malicia, exclamó el señor Guerbet intrrumpiendo al cantor de la *Bilboqueida*.

—Señores, estáis en un error, dijo la señora Soudry; el señor Rigou no piensa más que en nuestros intereses, y, si no me engaño, esa muchacha es una de las hijas de Tonsard.

—Es como el farmacéutico que se provee de víboras, exclamó el padre Guerbet.

—Por la manera que tenéis de hablar, cualquiera diría que habéis visto al señor Vermut, nuestro farmacéutico, respondió Gourdon.

Y señaló al boticario de Soulanges, que atravesaba en aquel momento la plaza.

—¡Pobre hombre! dijo el escribano, reputado de que gastaba continuas bromas con la señora Vermut; ¡mirad qué aire más ridículo!... ¡Y le creen un sabio!

—Sin él no sé cómo se arreglarían para hacer las autopias, respondió el juez de paz; ha sabido encontrar tan bien el veneno en el cuerpo de ese pobre Pigeron, que los químicos de París dijeron en la audiencia de Auxerre que no lo hubiesen hallado ellos mejor.

—Si no ha encontrado nada, respondió Soudry; pero, como dice el presidente Gendrin, hay que hacer creer á la gente que se encuentra siempre el veneno.

—La mujer de Pigeron ha hecho bien en marcharse de Auxerre, dijo la señora Vermut. Esa mujer es una estúpida y una infame. ¿Acaso hay necesidad de recurrir á las drogas para matar á un marido? ¿No disponemos de medios más seguros, pero inocentes, para desembarazarnos de ese ganado? ¡Ya quisiera yo encontrar un hombre que se atreviese á meterse en lo que yo hago ó dejo de hacer! Felizmente, Vermut no me molesta para nada; ahí está también la señora de Montcornet, que se pasea por sus jardines y parques con ese periodista que ha hecho venir de París, cuyos gastos ha sufragado, y á quien mima en presencia del general.

—¿Estáis segura de que le ha pagado los gastos? exclamó

la señora de Soudry. Si pudiésemos tener una prueba de ello, sería un bonito asunto para escribir una carta anónima al general.

—Con eso no adelantariamos nada, pues el Tapicero lo consiente.

—Y ¿qué es lo que consiente, hermosa mía? preguntó la señora de Soudry.

—Consiente que estén juntos, y él mismo les procura ocasiones para que se vean de noche.

—Si el pobre Pigeron hubiese tenido esa cordura, en lugar de molestar continuamente á su mujer, aun viviría, dijo el escribano.

La señora Soudry se inclinó sobre el señor Guerbet de Conches, que estaba á su lado, le hizo una de esas muecas de mono, que, lo mismo que los cubiertos de plata, creía haber heredado de su antigua ama, por derecho de conquista, y, redoblando su dosis de muecas y señalando á la señora de Vermut, que coqueteaba con el autor de la *Bilboqueida*, le dijo:

—¡Qué mujer de más mal tono! ¡Qué dichos y qué modales! No sé si podré admitirla por más tiempo en nuestra sociedad, sobre todo cuando esté el señor Gourdon el poeta.

—¡Esta es la moral social que existel! dijo el cura que lo había observado y oído todo sin decir palabra.

Dicho este epigrama, ó más bien, esta sátira de la sociedad, tan concisa y tan verdadera, que alcanzaba á todos, se acordó empezar la partida de brisca.

¿La vida, no es igual en todas las esferas de lo que se ha convenido llamar mundo? Cambiad los términos y veréis que no se dice nada menos, ni nada más, en los salones más elegantes de París.

### CAPÍTULO III

#### EL CAFÉ DE LA PAZ

—Cuando Rigou pasó por el café de la Paz serían próximamente las siete. El sol poniente, que hería oblicuamente al bonito pueblo, extendía entonces sobre él sus bellos y